

12

nes; se veneraba la memoria de los que habían sucumbido por ellas; se soñaba con una España libre, honrada y próspera; se odiaba a los apóstatas, se execraba a los traidores, se tenía a gloria padecer por lo que se amaba.

Y por esto pudo ser posible la revolución de Septiembre, y el barrer todo aquel régimen, y el despertar del país a nueva vida. Y por esto el 68 no estábamos peor que estamos hoy.

Pues hoy estamos mal, no precisamente por vernos arruinados y despreciados y escarnecidos; no porque haya triunfado la reacción y nos dominen los frailes y los jesuitas; no porque la vida material sea imposible para todos los que trabajen; no porque la inmoralidad se aspire hasta en el aire que hace funcionar nuestros pulmones; no; todo eso, con ser terrible, es remediable.

Lo que aterra, lo que quita bríos al ánimo y fe a la esperanza, lo que anonada, lo que oscurece el porvenir, es ver que las palabras santas que impulsaron a nuestros abuelos y a nuestros padres, las que los llevaban al destierro, al calabozo o al cadalso con la serenidad del justo, han perdido su significación elevada; que entre los renegados de la democracia y los incubados por el jesuitismo, háse formado una raza híbrida de egoístas, descreídos e hipócritas, que va por la calle de la religión al lupanar del negocio; que los niños nacen hoy calculando como tenderos, vendiéndose como rufianes y buscando la fortuna en la degradación del cuerpo o en la abyección del espíritu; niños que lo mismo se van con los jesuitas que los utilizan por miserable estipendio, que quitan el pan a las mujeres en competencias infames; que se jactan de no amar la libertad ni la democracia; que se burlan de las palabras abnegación y sacrificio; que corren hacia el dinero, su único Dios, sin importarles dejar a girones su dignidad en esa persecución incesante. Castrados del sentimiento, impotentes para la lucha noble y fecunda, pobres de inteligencia aunque ricos de ideas robadas, esos niños, sin ninguna de las hermosas y varoniles cualidades de los hombres de ayer, y también sin ninguna de las potentes energías intelectuales de los hombres del mañana, son la representación fiel y acabada de este presente enteco, raquítico y podrido, donde no se encuentra un hombre que recuerde a los que vivían el 68, y donde para ver tipos que en la forma (únicamente en la forma) parezcan hombres, hay que ir a procesiones, novenas, frontones, plazas de toros, sacristías y casas de jesuitas...

Esto es lo verdaderamente desconsolador, esto es lo que asusta... No el que Silveira mande hoy en España y Polavieja en él. Hubiera los hombres que el 68, y la regeneración de España sería una letra a tantos días vista.

En la semana que terminó el 24 de Mayo ingresaron nada más que cinco heridos en el hospital de la empresa minera de Río Tinto. Al periódico que da esa noticia habría que preguntarle: «¿Bajaron por eso las acciones de la Compañía? ¿No? Pues entonces, ¿qué importa que cinco trabajadores, que con seguridad no eran accionistas, se hayan reventado? ¡Ángeles al cielo!

Y no extrañe La Marseilles que los llame angelitos. ¿Hay algo más estupidamente angelical que pretender vivir del trabajo en España?

El que esté sin pecado...

¿Hubiera censurado yo a Pi si destroza a Castelar como político? No. Por mucho que le dijese, no llegaría más allá de donde he llegado yo en este punto.

Mas hoy no se trata de esto, sino de la ruindad del juicio que sobre Castelar ha formulado, tan indigno de los merecimientos del muerto, como de la respetabilidad del vivo... El acto es además cobarde.

Si al morir Castelar agarra la pluma severa del crítico, é imparcial y sereno juzga su política, funesta para el partido republicano, hubiera podido discutirse la oportunidad de hacerlo estando el cadáver caliente aún; nada más.

Pero se le hubiera disculpado, teniendo en cuenta que para ciertos espíritus la verdad es antes que todo y la dicen sin fijarse en conveniencias de tiempo y ocasión. No hubiera parecido entonces que el odio inspiraba el fallo y la pasión lo dictaba, sino que se debía en absoluto al noble deseo de hacer justicia.

Pero hacer lo que hizo; dedicar a un hombre, grande a pesar de sus errores, tres líneas al alcance de cualquier escribiente de juzgado; aprovecharse del hueco que hizo la muerte para llenarlo con rencores añejos, eso merece un nombre que ni remotamente tiene parentesco con las palabras grandeza de alma, elevación de miras, hidalguía, generosidad; eso es impropio de un hombre como Pi; eso no es lo que merece un hombre como Castelar; eso,

que ni a raíz del 73 hubiera sido disculpable, lo es mucho menos hoy, que ningún republicano de los que entonces figuraron puede, apoyándose en su conducta posterior, tirar a los demás la primera piedra. ¿Cuál no ha pecado y quién no necesita que lo perdonen?

Feliz aquél de quien pudiera decirse que se le perdonaba, por haber amado mucho. Desgraciadamente, sólo podrían nuestros prohombres ser perdonados, por haber odiado mucho...

Crónica rural

Sr. D. José Nakens.

Querido amigo: Celebraré que al recibir de esta se halle usted bueno; nosotros bien y agradecidos a sus atenciones.

He leído la carta que ha publicado usted del don Francisco y me he quedado tan fresco porque la esperaba, y lo cual que no la contestaría si no fuera porque lo que tengo que decir les interesa a muchas personas el saberlo.

Por lo pronto, aseguro a usted que no me he hecho neo porque le haya comprado a mi madre un libro para ir a misa. Y si hay una ley que nos obliga a educar a nuestros hijos, hay otra ley que nos obliga a respetar a nuestras madres. Tampoco he cambiado de opiniones porque haya visto al Jefe del Estado, porque el don Francisco me ha visto a mí, y no por eso se ha hecho una persona decente.

Por lo que toca a firmeza en las convicciones y a valor para defenderlas nada nos pueden enseñar los señores de Madrid, á quienes nunca hemos visto en ninguna manigua ni en ninguna partida carlista ni republicana.

De lo que dice de que de nada nos asombramos hay mucha exageración en lo que dice: lo que les pasa a los señores de Madrid es que quisieran que nos insultásemos de asombro viendo la calle de la Paz, la de San Cristóbal, y la del Candil, y la de Tetuan y la del Pozo, que son calles muy céntricas, y no las hay tan malas en Valcualquier; y que nos pasásemos ante el grandioso busto de Vizcaino colocado sobre la monumental fuente de Pontejos para compañía de los aguadores y para vergüenza de los madrileños que tan poco se acuerdan de su mejor alcalde.

En cambio los señores vienen a los pueblos y no distinguen las sementeras; para ellos todo es cebada.

Y hablando de grano, me voy al grano, y le digo a usted que el don Francisco me pidió cincuenta duros diciéndome que eran para usted con mucha reserva, y como yo sabía que era mentira no se los quise dar: esa es la labor constante de todos los señores; asombrar a los paletos para sacarles los cuartos.

Y ahora va usted a saber y todo el mundo quién es don Francisco, porque voy a contar todas las infamias que hace ese hombre, pero en esta carta sólo contaré una, y las demás las iré diciendo en otros días. Pero lo que voy a decir es necesario que se lo comuniquen a usted á todos los periódicos porque á todos los interesa.

Pues el don Francisco sigue, por ejemplo, á un repartidor de *El Imparcial* que va supongamos por Puerta Cerrada, y ve dónde deja el repartidor el periódico, y se va enterando de quiénes son los suscriptores, y un día pone en un pliego grande una instancia para *El Imparcial* con las firmas de los suscriptores hechas por él y pidiendo que persigan en aquellos barrios á las mujeres públicas, ó á los golfos, ó á los vendedores de las calles; y amenazándoles con llevar la instancia á *El Imparcial* les saca los cuartos á esa infeliz gente, y cuando ya no les puede sacar más, lleva la instancia al periódico, que publica inocentemente la súplica de los honrados vecinos y suscritores; y el don Francisco se va á otro barrio á asustar á los desgraciados con el sueldo que publicó *El Imparcial*.

¿Esto le parece á usted infame? Pues ya le iré contando mayores infamias del don Francisco.

Antes de terminar esta carta llega á esta villa la noticia de la muerte de Castelar, á quien lloran á un tiempo los monárquicos, los republicanos, los protestantes, los católicos, los aristócratas, los comerciantes, los ancianos, las mujeres y los niños.

Hasta otra. Su servidor, que lo es
EL SEÑOR FRASQUITO
Valcualquier, Mayo, 29, 99.

ACTUALIDADES

Uno de los caracteres distintivos de los políticos españoles cuando pretenden pasar á la posteridad, es hacerse á todo trance con un epíteto que acompañe á su apellido como el humo al fuego. Becerra fué el consecuente demócrata, Cánovas el ilustre estadista, Castelar el eminente tribuno, y el marqués de Pidal, que no es tribuno, ni estadista, ni sabio, ni demócrata, quiere, y casi ha logrado que se le conozca en el mundo por el político reaccionario.

A esto, y á entregar la enseñanza en manos de las órdenes religiosas, y en particular de los jesuitas, tienden esos proyectos nacidos entre las protestas del Consejo de Instrucción, los ministros que son liberales y el país entero.

Ahora bien; el entregar la enseñanza de la juventud española á los jesuitas, aparte de las pingües ganancias que proporcione á los colegios de la Compañía y del daño que pueda hacer á las ideas democráticas, ¿podrá ser un bien para la cultura de España? ¿Significará un adelanto para las ciencias y las artes patrias? He aquí precisamente lo que tienen de más desastroso los famosos proyectos.

Los jesuitas, gracias á cierta inocencia que ha habido en los que los han combatido, viven rodeados de una como aureola de talento y de ciencia.

Son infames, se ha dicho en todos los tonos, son malos, intervienen en el Gobierno de todas las naciones del mundo, se apoderan del ánimo de los reyes y magnates, tienen una sagacidad y unas artes sutilísimas, son gente de una inteligencia superior; y como la humanidad, digase lo que se quiera, rinde culto al talento y á la ciencia donde se le dice que están, lo ha rendido á los jesuitas y los ha levantado á un verdadero trono donde ellos, con aires de víctimas resignadas, reciben puñados de oro, oleadas de alabanzas y nubes de incienso.

Pero ha llegado la hora, y la marcan los proyectos del marqués de Pidal, de que España empiece a oír la verdad con respecto á esos jesuitas que se pretenden sean los maestros de la juventud que estudia.

No, los jesuitas no son hoy por hoy lo que se dice; son unos buenos señores, bastante ordinarios en su mayor parte, que estudian poco y mal, y que se dedican á la enseñanza sin poder sufrir la competencia de cualquiera de nuestros Licenciados en Filosofía y Letras.

Para convencerse de esto no hay más que seguir paso á paso lo que pudieramos llamar el génesis de un jesuita en nuestros tiempos.

Un chico se distingue en un Seminario de aquellos que dirigen ó influyen los jesuitas, y al decir se distingue, no nos referimos al talento ni á la aplicación, porque de veinte años á esta parte la plana mayor de la Compañía, afeitada por completo, no se fija para nada en el talento, atendiendo sólo á las manifestaciones de cierta piedad afectada y exagerada, que consiste, sobre todo, en devoción entusiasta al Corazón de Jesús y San Luis Gonzaga con uso de la faja de la Compañía y otras señas de tierno afecto á la Orden; pues bien, ese chico, que mira siempre al suelo, que lleva por devoción un ceñidor sobre la sotana, que es celador del Corazón de Jesús, que, según los meses, es Esclavo, Víctima, Amante, Reparador, que podrá no estudiar una palabra, pero gasta horas y horas en arreglar las listas de los coros de celadores y en organizar las funciones de los primeros viernes en la capilla del Seminario; que tiene verdadera tirria á los disipados que, á escondidas, leen con entusiasmo versos de Zorrilla y de Becquer, ponen objeciones en clase que hacen sudar tinta al profesor y usan en sus conversaciones chistes ó ingeniosidades juveniles, ese joven, al poco tiempo, entra en la Compañía. Entonces lo encierran en el Noviciado, donde durante dos años no estudia más que la ciencia del espíritu, practica durante un mes ejercicios espirituales en silencio absoluto, y al fin pronuncia los votos, entrando en lo que se llama «el estudiantado».

Ese estudiantado se practica en la Compañía, contra lo que terminantemente ordena San Ignacio en las Constituciones, ó en un verdadero desierto como es Oña, ó en un aislamiento completo de toda sociedad como sucede en Granada y Toros. Allí los estudiantes de la Compañía estudian como literatura la gramática de Nebrija con su *mascula sunt maribus*, una retórica en latín de Klenig, mezclando este estudio con la lectura de los Luises de León y de Granada y autores religiosos del siglo dieciséis. Como plato sabrosísimo y en pequeñas dosis, se sirve á veces á los estudiantes la lectura de una poesía de Selgas ó un discurso de Gabino Tejedo.

Después de este baño literario viene el estudio detenido y concienzudo, de si la esencia se distingue de la existencia con distinción real ó de razón, si el criterio último es la evidencia subjetiva ó la objetiva, y si se da el número infinito con los luminosos ejemplos de Arriaga de las hormigas puestas en una vara infinita. Ha llegado, pues, la ocasión de que el jesuita vaya á los colegios á enseñar toda clase de ciencias y artes.

Si no fuera porque en los colegios los P. P. graves ponen especial cuidado en que las familias de los niños no conozcan más que á ellos, al Rector, al Ministro, al Prefecto; qué tipos de ordinario, de ignorancia y de fanatismo de aldea verían los madrileños en ese Chamartín, como verían los bilbaínos en aquel Deusto! Gentes que no saben si han existido en España Larra, Espronceda, Bretón de los Herreros, el Duque de Rivas, Becquer y Zorrilla. Que no saben si ha habido ó hay alguien que se llama Echegaray, Galdós, Valera, Caballero, Barbieri, Arrieta, Pradilla, Sorolla, Feliú y Codina etc. etc.; que no han oído hablar á Castelar, ni á Salmerón, ni á Pidal, ni á Moret; que no oyen música, ni ven cuadros, ni visitan bibliotecas, ni oyen recitar á los poetas; en una palabra, que han vivido y viven como en un lazareto donde no llega ni aun el ruido de las ciencias, las artes, el progreso, la civilización. Así se explica ese hecho, que á todos nos ha llamado la atención cuando hemos visitado las casas de los jesuitas, y es que éstos vayan contentos y felices rodeados completamente de atentados horribles á todas las artes y ciencias y buen gusto.

Y se libran batallas para que esos hombres se encarguen de formar la inteligencia de la juventud española! Y cuando se trata de regenerar la patria, no se le ocurre más á nuestros gobiernos que aumentar la influencia y las prerrogativas de los apóstoles de la ignorancia!

¡Ojalá, me atrevo á declararlo, ojalá fueran los jesuitas lo que nos dicen que son ciertas gentes que no los conocen. Al fin y al cabo entonces podrían inocular su inteligencia, su saber y su diplomacia á los que han de ser mañana la nación española. Siendo lo contrario, no hay que hacerse ilusiones; harán á sus discípulos devotos y fervorosos, pero ordinarios, sucios, y completamente ignorantes y faltos de cultura é ilustración. Ya se ve, el señor Silveira ha hecho un disparate tan grande y tan absurdo, que tienen que tocarse sus desastrosas consecuencias. Al ministro más ciego lo ha llevado de director á Buenavista, y al más retrógrado, á... ¡Fomento!

EL BACHILLER JUAN GIL

¿A qué ese empeño de los clericales en robarnos la tierra si tienen seguro el cielo? ¿Qué se les dará de que nos condenemos ó no?

Si tenemos hambre y les pedimos un poco de pan, nos lo niegan; nada les importa que sucumbamos. En cambio, no pueden transigir con que perdamos nuestras almas.

Que nos dejen en paz y obren en consonancia con lo que predicán.

¿Los bienes de la tierra son ciertamente malos y perdederos? Pues déjenlos para nosotros, los miserables, los herejes, los pecadores empedernidos.

¿Los bienes del cielo son inapreciables y eternos? Pues reservémoslos para ellos, los creyentes, los justos, los santos.

Y así se cumplirá el eterno precepto de justicia, de dar á cada uno lo que se merece,

Pero nada, son tan desinteresados, que se privan de lo que más vale y nos arrebatan lo que vale tan poco.

No consintamos ese sacrificio: seamos más generosos que ellos.

Cadáver galvanizado

El gobierno de Polavieja-Silveira estaba, antes de morirle Castelar, en el periodo agónico, y el día que se enteró al gran tribuno quedó de cuerpo presente en la calle Mayor, delante del edificio de los Consejos y Capitanía general.

Desde entonces los siete cadáveres se mueven y se agitan por los efectos que en sus nervios produce el galvanismo, y así cuanto hacen y cuanto dicen es extraño é incoherente. Basta para conocer esto haber leído el discurso que Silveira pronunció en la reunión preparatoria de las mayorías parlamentarias y el que ha hecho leer á la regente en la sesión de apertura de las Cortes.

Las notas de desaliento, de dudas, de desconfianzas son las que más sobresalen en esos documentos de convencionalismo político que ya, por no tener nada, ni tienen los arranques líricos ni los giros retóricos que en otras ocasiones solía darse á tales escritos. En ellos sólo se revelan una lamentable esterilidad cerebral y una espantosa impotencia física.

El monstruoso contubernio de elementos tan híbridos como el que representan Silveira, Polavieja, Villaverde epicúreo, Dato liberal vergonzante, Polavieja beato jesuitico, Durán y Bas regionalista reaccionario y Pidal católico ultramontano, no podía dar de sí otra cosa que ese gobierno sin pies ni cabeza, sin cohesión, sin ideas, sin programa, sin procedimientos, sin vida.

Estos elementos, antes disgregados, ofrecían cada uno por su parte, panacea segura para salvar la patria y sostener las instituciones monárquicas. Silveira, á fuerza de predicar por ahí la moralidad y la selección, y Polavieja escudado tras de victorias soñadas, profecía de á perro chico y libros y programas pensados por agenos cerebros y escritos por agenas plumas, llegaron á inspirar confianza en determinadas regiones oficiales que, á falta de otro asidero más fuerte y seguro, se agarraron á ellos como el que cae por inclinada pendiente se ase á cualquier cosa que sobresalga.

Pero esa confianza debe haberse perdido ya por completo. El más míope alcanza á ver que la vida de esta situación política es ficticia, y que la ficción acaba en el mismo momento en que se aisle la corriente galvánica que se le presta.

No dirán las oposiciones, y sobre todas la oposición republicana, que se las tienen que haber con un gobierno vigoroso y lleno de vida y que para quebrantarle necesitan hacer grandes esfuerzos. Hállanse, por el contrario, ante un gobierno que ya no hay que combatirlo por reaccionario, ni discutirlo por inepto, ni criticarlo por inconsecuente, ni derribarlo por perjudicial; nada de eso; lo único que se debe hacer es cumplir con él la obra caritativa y misericordiosa que se recomienda para con los difuntos.

JOSÉ CINTORA

Hipocresía y armas etc.

¡Pobres neos, los que poseen el teatro de Pignatelli donde los republicanos de Zaragoza celebraron un mitin anticlerical! Están desconsoladísimo y creyendo que Satanás los tiene ya entre sus garras.

¡Ah! Si ellos hubieran sabido que en el mitin iba á combatirse al clericalismo, no hubieran cedido su ortodoxo teatro. Los ofende el que lo suponga siquiera...

Pero, señor, ¿cuánta hipocresía y cuánta farsa! Hasta los dueños de los teatros, edificios puestos en entredicho por la Iglesia, se creen ya obligados á atestiguar su fe católica.

Si escupiese cada vez que leo ó escucho una cosa de estas que dan asco, el Océano convertido en saliva sería poco para pasar por mi boca. ¡Y cómo pondría entonces la cara de los clericales!

En fin, el alto señor cuyos intereses sirvo, el simpático Lutzbel, me tenga por aquí hasta que presencie ó contribuya á hacer una ensalada de neos de doscientos mil demonios.

Y cumplida esta honrosa misión, que me lleve á formar en su milicia, aunque sea de corneta de órdenes; que con tal de estar á su lado, cualquier cargo lo tendré á gloria y honra.

Un señor Martínez Iglesias va á casarse en Rodeira con la señorita Balbina Zabala, á quien llaman la santa, por no haber probado bocado desde el 18 de Junio de 1887 hasta la fecha.

¡Ah, buscador de gangas, y qué buena es esa que has encontrado! ¡Una mujer que no come!

Pero, anda, que ya las pagarás; eso de que sea santa, no sabes los disgustos que va á proporcionarte. Provéete de un buen garrote por si acaso; y ya que es santa, hazla ingresar en el grupo de las mártires. Si no, estás perdido.

Burla criminal

Y mientras todo se derrumba aquí, los jesuitas inundan á España de escritos como el siguiente:

«ESPAÑA.—¡Ay! Estoy enferma. ¡Oh Virgen santísima! Ved mis llagas; curadme. Vos podéis hacerlo; Vos sois mi madre.

MARIA.—Si, es verdad, soy tu madre, y tú eres mi hija; pero ¿te has portado como verdadera hija? ¡Ah! Bien puedes conocer que si estás enferma es por culpa tuya; bien puedes conocer que si Dios te castiga con el rayo de su justa indignación, muy merecido lo tienes.

ESPAÑA.—Si, lo sé, he pecado, he ofendido gravemente al Señor; tiene El razón de estar enojado contra mí y de herirme; pero, acordaos, Señora, que sois mi madre, y que propio es de madres curar á sus hijos. Curadme.

MARIA.—Siempre te he amado, ¡oh España! siempre te he amado mucho; tú eres mi hija predilecta; por esto te curo tus llagas; pero arrepiéntete de tus pecados. Deja el lujo, no profanes las fiestas, no blasfemes y no seas tan apática, tan indiferente; parece que te avergüenzas de ser hija mía. Penitencia; de otro modo vas á experimentar un grande castigo.

ESPAÑA.—¡Perdón, perdón, madre mía; no, no me avergonzaré yo más de ser hija vuestra!

Señoras españolas; dejad los bailes y teatros, estamos en tiempo de penitencia; de otro modo estamos perdidos.

Comerciantes y fabricantes españoles; cerrad vuestras tiendas en los días festivos y durante los mismos no os dediquéis sino al negocio de vuestras almas; de otro modo estamos perdidos».

Esto no es ya explotación miserable, fanatismo ridículo; es burla sangrienta; es escupir sobre la sangre, bailar sobre las ruinas, mofarse de todo lo noble, de todo lo santo, de todo lo bueno. Es... jesuitismo puro y de peorcito.

¡Y que este pueblo tolere tales insultos y mofas de los que se lo están comiendo y deshonrando! Es inconcebible, y entran á veces deseos de decirle: «¡Imbecil! ¡Que te chupen la última gota de sangre, ya que así lo quieres!»

Pero pasado el momento de indignación, se piensa en que es preciso continuar trabajando por él, aún á despecho de él.

Cuando el gobierno francés exigió á las Congregaciones religiosas un impuesto sobre el derecho de acrecer, los curas grandes y chicos graznaron ferocemente en pulpitos, periódicos y mítines religiosos, y amenazaron con una cruzada.

El gobierno se mantuvo firme, y aguantó con calma á que los obispos extremaran su resistencia, para reventarlos; pero ellos, viendo la que se les iba encima, amainaron y aceptaron el nuevo impuesto.

Cualquier gobierno en España, y más siendo liberal, habría cedido en cuanto tres obispos hubieran chillado, sin comprender que la Iglesia acaba siempre por ceder cuando se convence de que no se le tiene miedo.

Lo que traslado al Gobernador civil de Madrid, por si se atreve á sacar la consecuencia que es lógica.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á El Motín 10 céntimos, cargandoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

EXCLUSIVISMO Y ARISTOCRACIA OBREROS

La existencia del uno se nos presenta de lleno en aquel famoso movimiento lassallista que intentaba la más plena protección del Estado para los trabajadores de la industria, dándosele una higa por las innumerables desventuras que agobiaban á las víctimas del suelo y del subsuelo, por las no menos abrumadoras de la servidumbre doméstica, de la cargadora y de la de mostrador. Así como la presencia de la otra pudiera observarse en esas muy acaudaladas *Trades unions*, en esos operarios de la relojería, de la joyería, de la ebanistería, de la tipografía, de las manufacturas de tejidos y sombreros, de la sastrería, de la peluquería, de la tapicería, de la carpintería, de monturas de platería, de armas y hasta de la zapatería, cuya suerte deberán envidiar seguramente esos infortunadísimos trabajadores de la minería de azogue, á quienes muy á la corta espera caer en brazos de la más espantosa de las físicas inutilidades, esos de los arcafeles italianos, esos que arrancan la hulla á lo que pudiera llamarse su sepulcro, esos que las mieses siegan en medio de las llamas de un sol abrasador, esos que tuestan sus carnes en los crisoles al rojo de la vidriería, esos que se asan en la boca de los hornos que impulsan las grandes máquinas, esos miserables colonos de las estériles tierras, y esos muy desdichados pescadores que tantas veces son pasto de lo que esperan pescar.

Y si tales estragos se notan en lo material, en lo intelectual se observan inmensamente mayores; comparemos si no la sublime cultura de Guesde con la animalidad del pastor alpino que mantiene ayuntamiento carnal con sus cabras; y el fino decir de Iglesias con el soez hablar de sus contrerriños, chalanes; la ilustración notable de Morato con la ignorancia de nuestros campesinos etc.

Claro es que si la República social viniese en estas circunstancias, tendríamos las oligarquías obreras robustas y varoniles, mil veces preferibles, sin embargo, á las inmundas burguesas.

J. DE LA HERMIDA

La tarde del 16 de Abril le presentó Elío la oficialidad del ejército que mandaba, á la cuál preguntó: ¿Juran ustedes sostener el rey en la ple-

—♦—

Y ahora, el jueves último, al pasar la

Imite su señoría
al feroz duque de Alba;
de garrote á una docena
de jesuitas, si no basta.
Se lo pedimos, señor,
mi canario y yo, con lágrimas
en los ojos: duro, duro,
que está el pájaro en la jaula
desde que á media ración
lo puso mi esposa cara,
más mustio que un alma en pe-
en su dolor abismada,
ó un alférez de reemplazo
con hijos y á media paga ;
y eso que el canario triste
es católico de raza,
y no librepensador,
como mi mujer le llama

Si el auto tenía lugar en el templo ó en otro s

Consultó su propósito con el confesor.
Este, después de reflexionar, advirtió a
muchacho que si hacía la promesa era cosa

ble que Dios la aceptase, y por lo tanto, que debía prepararse a morir.

El niño replicó:—Precisamente lo que deseo es dar mi vida para conservar la del Papa.

En vista de tal decisión, el confesor le autorizó para hacer el voto.

Hízolo el niño, y cuando regresó aquella noche a su casa se sintió ya enfermo.

A los dos días moría el muchacho, sonriendo.

Sabiendo por los periódicos que la operación quirúrgica a que el Papa fue sometido había tenido un éxito completo y que había quedado conjurado el peligro de muerte, fué relatado al Pontífice el sacrificio del niño y Su Santidad mandó abrir una información, que ha confirmado las noticias anteriores, acerca del voto y la aceptación de éste por Dios.—A.

La lectura de ese telegrama me ha dejado confuso, anonadado. Vengan pruebas de que es cierto cuanto afirma, y me convertiré. Pero pruebas de arriba, de lo alto, porque las de aquí no me satisfacen. Desde que sé que hay quien falsifica los billetes de Banco, y algo más difícil aún, la honradez y la virtud, francamente, no me fio de ningún neo.

Conque vengan las pruebas que pido, y me retrato.

Cada vez que se habla de que los curas vivan de su profesión como los miserables mortales, recobrando así lo que hoy no tienen, la independencia, hay que ver lo furiosos que se ponen.

No lo entiendo. Si todo el país es católico, como dicen, nada deben temer: el subvendra con exceso a sus necesidades.

Además, si cuentan con Dios, ¿qué les importa no cobrar del Estado?

La invasión extranjera

Pavor y espanto produce en el ánimo de todo buen español, el fundado temor de que la desastrosa conducta de nuestros gobernantes dé pretexto a una intervención extranjera, como digno remate a esta no interrumpida serie de desastres y calamidades restauradoras.

Tal atmósfera va adquiriendo este temor, que el popular regenerador que nos ha caído en suerte, el flamante Polavieja, no ha encontrado mejor disculpa que ésta, para aumentar en una treintena de millones de pesetas nuestro ya muy excesivo presupuesto de guerra.

Pues bien; ni el aumento de nuestro ejército, ni la mejora de su armamento é instrucción, ni el artillo de nuestras costas, ni la fortificación de nuestras fronteras, ni la adquisición de una gran marina que completase la ruina de esta empobrecida nación, ni el armamento y preparación para la guerra de todos los españoles útiles para manejar las armas, evitarán lo inevitable, impedirá lo que ya no tiene remedio: la verdadera invasión extranjera.

Y digo que todos estos elementos perfectamente organizados no la evitarán, porque esa invasión existe ya de hecho en esta desgraciada España, sin que cañones, ni fusiles, ni barcos sirvan para otra cosa que para ampararla y protegerla de los ataques de los verdaderos patriotas, que no se avienen a sufrir tamañas deshonras.

Porque no se trata de una invasión que acaso concediera los mismos derechos a los invadidos que a los invasores, no se trata de una invasión en la que los conquistadores gozan de todos los fueros y preeminencias, y en la que a los conquistados no les queda más recurso que el de pagar, sufrir y aguantar.

Ellos, los invasores, extranjeros no de este país sino de todos los países, están libres de toda contribución y gravamen, así por los edificios y propiedades que posean, como por las industrias que ejerzan; de todos los repartos vecinales, alojamientos, impuestos directos, etc., ¿qué más? hasta de la contribución de sangre se hallan exentos en absoluto; y, sin embargo, esos patriotas tan asustados ante la posibilidad de que fuésemos intervenidos por naciones como Inglaterra y Francia, no se asustan, ni se escandalizan, ni protestan de esos invasores a cuyo yugo vivimos sometidos, y los que a pesar de disfrutar de todos los derechos, prerrogativas y privilegios, aún pretenden (y lo conseguirán seguramente, de no pasar aquí algo gordito) llevar a nuestras leyes, franco y descaradamente (en la práctica ya lo han conseguido en Montjuich) el restablecimiento de lo que hizo en el mundo entero odioso el nombre de España y que abolió una invasión extranjera á principios de este siglo: el restablecimiento del tribunal de la Santa Inquisición.

No habrán tenido que hacer muchos esfuerzos de imaginación nuestros lectores, para comprender que los invasores, no fantásticos, sino reales y materiales á que nos referimos, son las órdenes religiosas de todas clases y calaña: las cuales para nadie es un secreto que, no sólo se han apoderado de enseñanza, beneficencia, industria terrestre y marítima, Colonias cuando las teníamos, destinos públicos para sus protegidos, y todo lo a poderable, sino que han llegado á invadir hasta lo que parecía invulnerable, hasta el ejército; pues durante el gobierno transitorio del muy... beato general Azárate, las Hermandades, que ya habían conseguido colarse en el nuevo Hospital Militar de Carabanchel, consiguieron lo que no pudieron conseguir en vida de Cánovas, el cual se había opuesto enérgicamente á tan desahogada pretensión; consiguieron apoderarse de los Almacenes de Administración militar afectos al citado hospital, pasando, no sólo por la ilegalidad que encierra la entrega de efectos de tanto valor á gentes irresponsables y declaradas insolventes por los institutos de su orden (y cuya dirección reside en el extranjero) sino por la ofensa inferida al Cuerpo de Administración militar, al entregar asuntos de su exclusiva competencia é incumbencia en manos de tan incompetentes (?) extravagantes, convirtiéndolo á los oficiales de dicho cuerpo en meros oficinistas de tan zafias y repugnantes fregonas.

Y como han invadido los atribuciones de dicho Cuerpo, ¿habrá quien niegue que mañana puedan ingerirse otros hermanucos en las academias militares, y andando el tiempo mangonear el Estado Mayor del Ejército? De menos nos hizo Dios, como dicen los católicos.

Y sorprendernos no nos sorprendería, porque, ¿qué puede sorprendernos ya, después de haber presenciado la organización de batallones por los

obispos, mientras los generales cargaban con los santos implorando del cielo el beneficio de la lluvia, como en cualquier ranchería salvaje?

Mediten todos los que se llaman patriotas, por religiosos que sean, si pueden venir invasores más funestos y más extranjeros que los que en la actualidad sufrimos, y no alardeen tanto de patriotismo los que sufren sin protesta la invasión más indigna y ominosa que jamás ha sufrido pueblo alguno.

LEOVIGILDO ABANS

Los carlistas tienen una policía mejor organizada y servida que gobierno alguno: el clero y las órdenes religiosas. Ella busca por todos los rincones de la Península á cuantos por sus antecedentes y por su conducta ofrecen motivos de sospecha á la reacción; los vigila constantemente, los persigue en la sombra, los sitia por hambre; se apodera por medio del confesonario hasta de los más recónditos secretos del hogar; lleva y trae órdenes de organización y propaganda; esconde armas y municiones en los conventos é iglesias; ayuda, en fin, al carlismo con toda clase de recursos y por todos los medios.

Vigilemos, pues, á la policía del *Chapa*, convirtiéndolos cada uno de nosotros en agente secreto... de la libertad.

Balance

Doscientos años há que los Borbones mandan en España. En esos dos siglos hemos perdido miles y miles de leguas de territorio, muchos miles de millones de duros, muchos millones de súbditos, y muchos miles de toneladas de sangre y de vergüenza.

La lista de las posesiones perdidas es esta:

La Plaza de Gibraltar.
La Sicilia, y los Países Bajos.
Orán, Cerdeña, Nápoles y Milán.
El reino de Portugal.
La Florida y gran parte del Norte Americano.

La Isla de Santo Domingo.

La Luisiana.—(Regalada á Napoleón I.º).

Toda la América del Sur. (Hoy 18 ó 20 Repúblicas).

La Isla de Borneo y el resto de Soberanía que nos quedaba en América y en Filipinas, la hemos acabado de perder de un sólo golpe con honra, dinero y la flor de la juventud española.

A cambio de todas esas pérdidas, España se ve hoy arruinada, menospreciada y entre las garras del clericalismo.

El balance, pues, no favorece á los Borbones. Pero á bien que España es un pueblo manso y sufrido, cual corresponde á todo el que es verdaderamente cristiano, y no se le importa gran cosa perder la tierra con tal de ganar el cielo.

JOSÉ ISONA MIRAVALLS
Benimodo, Junio, 1899.

En Salamanca

POR CASTELAR

El ayuntamiento de la ciudad en que lo es todo el padre Cámara, ha podido sustraerse á la letal influencia fraileasca y jesuitica que allí impera, y en la sesión última tuvo el excelente acuerdo de honrar la memoria de Castelar, dando á la monumental plaza el nombre del eminente español fallecido.

De un diario salmantino copiamos la proposición que motivó el acuerdo; hela aquí:

«Excmo. Sr.

Don Emilio Castelar, literato ilustre, artista incomparable de la palabra, patriota sin tacha, español de universal fama y renombre, ha muerto.

El mundo civilizado no regateará á muerto tan precioso las alabanzas y los honores, que los prodiga sin tasa, y España entera ha formado parte en espíritu del séquito de su entierro.

Las testas coronadas, todos los jefes de Estado del mundo civilizado han hecho público su testimonio de dolor, y la Salamanca monumental y artística, la Salamanca de gloriosa tradición liberal, no puede ni debe olvidar que el grande hombre difunto fué cantor magistral de sus grandezas.

El Ayuntamiento, representante genuino de este pueblo, interpretando sus sentimientos, está en el caso de honrar la perpetuidad la memoria del que con tantos títulos meritisimos fué jefe del Estado, que dignificó y elevó ante el mundo en fugaz y agitado período.

Fundados en estas consideraciones, los concejales que suscriben proponen á V. E. el siguiente acuerdo:

1.º Que la monumental Plaza Mayor de esta ciudad se denomine en lo sucesivo «Plaza de Castelar»; que si el monumento merece mucho, no merece menos la memoria que se perpetúa.

Las inscripciones se harán en lápidas de hierro esmaltado sobre fondo blanco con cargo al capítulo de imprevistos del presupuesto del ejercicio corriente.

2.º Que se ruegue al señor Alcalde de Madrid ponga un manos de la familia del señor Castelar certificación del acta en que conste este acuerdo. Sala de sesiones de la Casa Consistorial á 31 de Mayo de 1899.

Joaquín Martínez Veira, Juan Manuel García y García, Pedro Rivas, Balbás, Urbano Turiel.

Como Salamanca, á estilo de nuestros próceres arruinados vive de las remembranzas de su pasado, y los extranjeros que en gran número la visitan para admirar lo que allí hay de monumental y artístico, en la plaza comienzan á tomar apuntes y á admirar, el acuerdo del ayuntamiento lo ha sido acertadísimo, y ningún otro homenaje daría mayor realce al glorioso nombre que se quiere perpetuar.

Y aquí daríamos por concluida la noticia con nuestra felicitación á los concejales iniciadores del pensamiento, al ayuntamiento que lo llevó á la práctica y al pueblo que representa, si no nos echáramos á la cara sobre la mesa de redacción otros dos diarios de la ciudad del Tormes: uno órgano del obispo, y otro político sin filiación determinada, pero conformes ambos con monitas distintas en mermar virtualidad al acuerdo.

Que al padre Cámara y á toda la tropa sotanes-

ca no le haya agradado el acuerdo, y faltos de valor para impugnarlo de frente, porque el Castelar muerto hace mucho tiempo, lo impugnen de costado, nos parece muy corriente: otra conducta en esta gente sería un milagro y en ellos no cree ni ha creído nunca El Motín.

Pero que *El Adelanto*, que en razón al título prodiga elogios al egregio difunto, y parece estar identificado con sus ideas, coincida con *El Laburo* y con sus inspiradores en el argumento de que á la monumental plaza Mayor no ha debido darse el nombre de Castelar, porque las gentes—dice—difícilmente se acostumbrarán á designar la plaza Mayor con un nombre nuevo, resulta inexplicable.

La teoría es de excelente calibre jesuitico. Porque las gentes estén acostumbradas á llamar padre al cura, ir deprisa á la iglesia y á paso de buco á la escuela; porque las gentes estén acostumbradas á creer que no es posible que haya familia, ni municipio, ni provincia, ni Estado sin la sanción del cura; porque las gentes estén acostumbradas á que no se complete la patente de honradez sin el informe del cura; porque las gentes estén acostumbradas á que la monarquía sea el régimen de gobierno de España, y el tráfalo, el torero, el rentista y el usurero las únicas profesiones lucrativas en el país, debemos acostumbrarnos con la costumbre, y que á todos los méritos y enseñanzas de Castelar los parta un rayo.

¡Las costumbres! ¡los precedentes! Bien está que los doctrinarios, que los catequistas de todas las religiones exploten esos conceptos; pero todo el que de liberal se precie deba desterrarlos del lenguaje, y el ayuntamiento de Salamanca está en el caso de hacer, que medios sobre los le da la ley para ello, que las gentes vayan acostumbrándose á que su acuerdo tenga virtualidad; que una buena y decidida voluntad y el tiempo darán lo demás por añadidura.

Y nuestros correligionarios los concejales actuales, y los que tomen posesión en Ju. lo, pueden hacer mucho en dirección tan provechosa.

¿Que es dura, áspera, fatigosa y difícil tal empresa en un pueblo de 24.000 almas mal contadas, que tiene 40 iglesias, catorce conventos de monjas y cinco ó seis de monjes, á más de uno en construcción y dos en proyecto? Bueno. La obra será por ello más meritoria.

Coplilla de un periódico católico que se reparte por las cárceles:

El arcángel San Miguel es príncipe celestial, y el que está bajo sus pies es el primer liberal.

Por eso amo al diablo tanto como lo venero: por haber sido el primer liberal. El mito, contra la intención de los que lo crearon para explotar al hombre, ha resultado hermoso. ¿A qué se debe el progreso humano más que á la protesta? ¿A qué?... Pero sospecho que voy á ponerme un poquito cursi, y termino gritando: ¡Viva el diablo! ¡Viva!

CONSULTA

Carabanchel.—Cuando la última epidemia cólera, la beatísima señora de Nájera estaba en este pueblo; presentóse el primer caso, y escapó á Madrid, dejando sin concluir la novena que estaba haciendo á San Roque. ¿Qué opina usted de esto?

—Que esa señora tiene ó tenía la misma fe que yo en la eficacia de las rogativas. Y le alabo el gusto.

—Al escapar, regaló á unas monjas su magnífica posesión de recreo, tal y como la tenía.

—Hizo bien en no destinaria á hospital de coléricos pobres. El que no tenga para curarse, que reviente. ¡Los pobres! ¡Gentecilla vil sin una peseta! No sé que plan se llevaba Cristo al depalear con ellos y atenderlos. Los que dicen que siguen su doctrina lo entienden; nada con los pobres. A lo sumo, servirse de ellos como señuelo para cazar en las gabetas de los ricos.

—Después, hará unos cuatro años, el conde ó la condesa de Girona regaló también la hermosísima posesión que aquí tenía á los jesuitas frailes del convento de Santa Rita, con todo lo que había dentro.

—Claro es que no hubiera venido mal á los pobres esa posesión para hospital, pero el propietario hizo lo que hizo en beneficio de ellos. Los ricos, lo dice el Evangelio, entran con mucha dificultad en el cielo. Si Girona da su posesión á los pobres, quizás se hubieran ensobrecido, impidiéndoles esta la salvación. ¿Cómo evitarlo? Entregándole la finca á los frailes para que gocen en la tierra, y de este modo se cierran las puertas de la gloria. ¡Buena estocada! Se conoce que ese señor odia á los frailes y quiere verlos condenados á todos.

—Tanto las monjas, como los frailes, despidieron en el acto de encargarse de las fincas á todos los antiguos servidores de los donantes, algunos de los cuales contaban de 20 á 30 años de honrados servicios en la casa, viéndose aquellos infelices sin pan ni albergue, é indignándose con esta medida el vecindario.

—¿Pues vaya un vecindario quisquilloso! ¿Queiría acaso que los frailes y las monjas se encerraran de aquellos domésticos? ¿Podrían hacer más que ponerlos bajo el amparo de Dios, que cuida de las flores y pajarillos del campo? Si se murieron ó se mueren de hambre ellos y sus hijos, no haya miedo de que la noticia perturbe las digestiones de esas gentes benditas. Para estos casos se inventó aquello de que nada ocurre en el mundo sin la voluntad de Dios.

Creo haber contestado cumplidamente á todas sus preguntas. Hasta otras.

¡A DEFENDERNOS!

Nuestro querido amigo, señor Fletcher, de Castellón, dirigió un telegrama al obispo de Tortosa, que lo había excomulgado; se quejó el obispo; se formó proceso; condenó la audiencia á un año de prisión; entabló recurso, y el Supremo ha confirmado la sentencia, declarando que los obispos son autoridad del Estado.

Es preciso que todos los que no sean católicos, ó siéndolo, se permitan el lujo de ser liberales (que puede que haya al-

guno aun siendo un contrasentido) formen la Liga de Libertad de Conciencia. De no hacerlo, nos irán reventando los clericales en detail.

Por lo pronto, ya ese hombre honrado é instruido, Fletcher, purgará en la cárcel el delito de no pensar como los que lo persiguen.

Si esto no nos decide á defendernos, fuerza será reconocer que los republicanos de hoy no tenemos siquiera instinto de conservación.

Un abrazo, á la vez que la seguridad de que puede disponer de nosotros, enviamos á Fletcher.

Hay que admirar la igualdad de conducta de las gentes clericales; lo mismo obran en España que en China, que en Inglaterra, que en todas partes.

Me escriben de Gibraltar que en el Asilo católico de Gubino tratan de una manera brutal á los internos, y que hasta prohíben á los ingleses que hablen en su idioma.

Pues el asilado que no esté á gusto allá, que se venga por aquí, y aprenderá que el cambiar de Asilo sólo es cambiar de tiranía, explotación y malos tratos. Variedad en la unidad; eso es lo único que le espera á todo el que por Asilos benéfico-religiosos anda.

Cosas Literarias y Artísticas

EL PERIODISTA

Querido Luis: No lees periódicos jamás; haces bien, tenéis razón, y lo apruebo con toda mi alma, porque ¡es tan dulce no saber lo que pasa! Cuanto á mí, es indiferente; todos los días leo todas las hojas grandes y pequeñas con avidez, con rabia, con un cuidado minucioso, desde la indicación *Vigésimo año*, hasta el nombre del impresor, rodeado de flores y adornos tipográficos. Y leo, no para enterarme de los acontecimientos; bien sé que nunca acontece nada, y que no hay sucesos, quiero decir, sucesos importantes, de un carácter absoluto; porque el hombre ébrio que fué aplastado ayer, á las tres, en la calle de Brise Miché, pudo muy bien haber vivido dos mil años antes y ser aplastado en una calle de Nini, bajo el reinado de Nabucodonosor. No; lo que me interesa en este asunto no son los periódicos, son los periodistas. Y si he de decirlos todo mi pensamiento, desde el primero al último todos me parecen sublimes y no me canso de admirarlos. ¡Qué gusto de talento, de intuición, de invención, de imaginación, de genio, sin cesar renovado! ¡Cuántos tonos de Danais colmados hasta desbordarse, y que inmediatamente es preciso volver á llenar! ¡Cuántos vanos celajes abrazados en el vacío quimérico, y, sin embargo, fecundados! ¡Cuántas rocas de Sisifo rodadas desde lo alto de la montaña ruinosa, sin detenerse nunca, comenzando siempre!

¡Pues bien he aquí su fuerza; así se vuelven encantadores incomparables. Y es que tienen por inspiradora, por musa, por guía implacable, que sin cesar los impulsa, y los hostiga, y les clava en el dorso su aguijón, la impetuosa, la bienhechora, la salvaje Necesidad. En efecto, ella sola es quien hace á los artistas y á los obreros ingeniosos; fuerza de ella uoy más que alicionados; gentes que trabajan cuando están de humor, es decir, casi nunca.

Chateaubriand, Guizot, Lamartine y todos los grandes hombres de este tiempo, en ciertos momentos han sido periodistas; y el implacable Teófilo Gautier ha debido á la saludable esclavitud del periódico el don de estar siempre inspirado, en cualquier instante, y de tener á su disposición los tópicos, las imágenes, todas las palabras hermosas y todas las frases elegantes, que le permitían estar siempre pronto á expresarlo y á escribirlo todo con absoluta perfección. Mas ¿para qué citar estos nombres ilustres? Cuando admiró á los periodistas, no pienso en estos colosales, sino en los más humildes y en los más ínfimos, en los más oscuros de todos, que también ellos realizan prodigios y milagros, y tan frecuentemente, que no se fija en ellos la atención y ni aún ellos mismos lo advierten.

¿No os admira? Todas las mañanas, sin descansar jamás, entregan al público pasajes sublimes, entusiastas, cómicos, irónicos, jocosos; á veces hasta dan buenas razones; y como un pianista de largos dedos de azogue, hacen trinar, cantar, murmurar y reír sin fin á todo el teclado sonoro. Lo que ignoran, están obligados á saberlo, y lo saben; lo que no pueden hacer, lo hacen; de su espíritu agotado extraen invenciones inagotables; surgen sus dedos en sus bolsas vacías, y arrancan de ellas puñados de oro.

Me refiero sobre todo á los periodistas franceses y parisienses, porque, como ha dicho Valère en el tercer acto de *El Avaro*: «¿Qué maravilla es hacer buena comida con bastante dinero? Es la cosa más fácil de mundo, y no hay pobre de espíritu que no pueda hacer otro tanto. Para obrar como hombre hábil, es preciso hacer comida barata con poco dinero.» Puede decirse sin ofender á nadie, porque es evidente: como todas las cosas en Francia, nuestros periódicos se hacen, relativamente al menos, con muy poco dinero. Los ingleses y los americanos usan del telégrafo sin límite y sin economía, como un ciego de su clarinete; flotan navíos y los envían al fin del mundo para contemplar cualquiera cosa; por todos partes sostienen en el extranjero correspondientes, de los cuales el más pobre podría dar limona á un nabab. Con todos sus poderosos medios de información, tienen un capital sólido y real, que sus periodistas están solamente obligados á poner en circulación. Los nuestros, por el contrario, deben gustar en su cocina según el sistema de Harpagión; con nada; acomodan nada de todo en una cacerola ausente, donde si algo frien, en efecto, es su alma y su cerebro; sin embargo, la salsa es buena y cualquiera saborearía la succión de sus dedos. Y si privados de los elementos más indispensables quedan iguales y aun superiores á sus colegas de ultramar, es porque tienen necesidad por la tarde del dinero que han ganado por la mañana, condición que siempre ablandará las peñas y las forzará á entreabrir sus voraceros senos para dejar correr la linfa pura y cristalina.

Lo repito, están patrocinados por la excelsa diosa, superior á todas las otras, la dulce y cruel Necesidad. ¿No es ella la que inspira al Homero antiguo y al Homero nuevo, al de la *Ilíada*, como al de la *Comedia humana*? El anciano ciego errante por las aldeas de la Atica cantaba la cólera de Aquiles y el combate delante de los buques, para obtener en las puertas de los hogares un poco de pan y algún pedazo de carne; y para asalariar á algún portero de encorvadas uñas, can-

taba el divino hijo de Rabelais las luchas de Arthor, é el martirio de Biotteau. Creaban obras inmortales, porque no tenían libertad para obrar de otro modo.

Ved cuán fecundos eran los poetas dramáticos en aquel tiempo en que una comedia duraba quince días, y cuando después necesitaban escribir otra para comer. Entonces todas se escribían en verso, y en buenos versos para lograrlo; hoy nuestros autores, que gracias á Beaumarchais y á Scribe tienen tiempo de investigar, de aplicarse, de escribir en prosa, componen en su vida una veintena de piezas, mientras que Calderón, sin contar sus autos sacramentales, sus intermedios y sus innumerables poesías, compuso ciento veinte comedias, después que Lope de Vega había hecho representar mil quinientas. El periodista está ahora donde otras veces estuvo el poeta; no hay tiempo de reflexionar ni de distraerse; así es que se ve obligado á ser universal, y á comprometerse, como Satanás frente á dos reyes, á no ausentarse nunca, ni á decir: *Estoy ahí*.

Para mostrarnos un ejemplo decisivo de los milagros que produce la Necesidad, y puestó que esta carta no la leerá nadie más que vos, voy á referiros á qué circunstancias impetuosas y extraordinarias debió su fortuna el célebre Pablo de Morgant. En una época ya lejana, y viviendo como periodista, día por día y minuto por minuto, se había hecho amigo de una actriz nombrada Luz Defiers, muy apañada en el teatro de la Ópera cómica. En la mañana del día en que esta linda joven iba á crear un papel muy importante en una pieza nueva, su modista, á quien amenazaba la quiebra, cerró su establecimiento y huyó, llevándose entre otras cosas el vestido de Luz. Otra modista se comprometió á hacer el traje para el mismo día, puestó que era preciso, pero exigía para entregárselo dos mil francos á cuenta. En este caso no puede recurrirse á los ricos, que no se deciden tan pronto; Morgant fué, pues, quien tuvo que encargarse de encontrar la suma. ¿Por qué medios? Esto era lo que él pensaba melancólicamente, recorriendo los *boulevards* con tres francos cincuenta céntimos en el bolsillo.

En tanto que estudiaba este problema insoluble, encontró al director de un periódico importante, á quien vio exaltado, desesperado, loco, presto á entregar su alma al diablo y á arrojarse á un río. Para una gran combinación financiera, este potentado tenía necesidad de un artículo de fondo sobre los algodones, que tratase la cuestión en todos sus detalles, y la desgracia había hecho que el solo especialista en este género hubiese partido precisamente la noche anterior para Pondichery.

Morgant no vaciló. Reveló al secretario del periódico que él era un *algodonista* de primera fuerza, y que daría el artículo en algunas horas, pero mediante dos mil francos, pagados al recibirlo. Cerrado el trato, el periodista corrió á la Biblioteca; no leyó, ¡claro está! pero vió, hojeó, advinió todo lo relativo á la industria algodonnera, y, temiendo perder el favor de la actriz, escribió su artículo, una obra maestra, que se considera hoy como clásica.

Naturalmente, después de haber enseñado al público, se enseñó á sí mismo; cuantas veces los algodones estuvieron en juego, las revistas y los periódicos se dirigieron á él, y sus conocimientos en esta materia le hicieron entrar en la Cámara, donde siempre que se trataba de algodones, sus colegas le escuchaban religiosamente y no se atrevían á contradecirle. El propietario de una de las más grandes hilanderías de Francia, estando próximo á morir, suplicó á Morgant que se le comprase, y multitud de socios capitalistas se le ofrecieron, temblando de ser desechados. El antiguo periodista, que no había roto su pluma, pues escribía aun algo cuando los algodones tenían necesidad de un abogado y de un intérprete, administró admirablemente su hilandería y ganó millones, porque se había vuelto, en efecto, muy hábil en la ciencia que le había enseñado la casualidad. Noble, se desposó con una joven noble; llegó á poder por la fuerza de las cosas; fué tres veces ministro, después embajador; es gran oficial de todas las órdenes de Europa, y probable es que su hija primogénita, Marta, se una en matrimonio con un duque reinante.

Como veis, mi querido Luis, Pablo de Morgant ha debido todo esto á la condición que le fué impuesta, de escribir un artículo á escape. No todos los periodistas llegan á millonarios y ministros; pero como no reposan nunca, muchos de ellos pueden esperar que aprenderán á escribir, semejándose á los bailarinas, que acaban por saber bailar á fuerza de bailar siempre.

TEODORO DE BANVILLE

En Valencia han tratado unos cuantos creyentes de la civilización de disolver á garrotazo limpio el rosario de la Aurora que saltó de la iglesia de San Julián. Los beatos alborotadores se refugiaron á escapé en el templo.

¡Pero qué empeño en armar escándalos! Se conoce que les gusta esto á los clericales, como á mí el que los vapuleen. Porque conste que me gusta mucho. No lo puedo remediar.

Han flaminado á varios niños en el instituto clerical de Denzueires (Lyon). Hay ya tres castos hermanitos presos y otros se han fugado; entre los primeros está el director, hermano Genis Bizzi. ¡Bazín y esteta! ¿Qué apellido y qué mañas!

¡Virtuosos hermanitos! Tan virtuosos como honrados los padres que llevan sus hijos á los colegios en que ellos actúan. Echaba yo á presidio á esos padres por cómplices en la degradación de sus hijos.

Me explico el que haya frailes de ese sistema: siempre los hubo. Lo que no comprendo, es que haya padres tan miserables.

Verdad es que el beato es un ser degradado por naturaleza, y, como el cerdo, goza al revolcarse en el fango etc. etc.

CIENCIA Y RELIGIÓN

POR MALVERT

CON 25 GRABADOS EN EL TEXTO

Cada una de estas obras, dos pesetas. Para los suscriptores de El Motín, una.

MADRID.—IMPRENTA, LIBERTAD, 29.